

Daniel Guebel
LOS PADRES DE SHEREZADE



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

LOS PADRES DE SHEREZADE

DANIEL GUEBEL



Europa oriental. Finales del siglo XIX y principios del XX. Una corte de personajes movidos por la curiosidad, la ambición, el ocio o el deseo atraviesan un mundo extravagante y esotérico, donde la magia aún ocupa el lugar de la ciencia. Desde Lenin que se interna en un convento en busca de la fórmula para crear un partido revolucionario, hasta un arquitecto y alquimista homosexual que hace uso de sus poderes para unir dos destinos desdichados, pasando por Stendhal que espera en Riga su turno para someterse a una cirugía estética, y un matrimonio de recién casados que experimenta tratamientos exóticos para mejorar la salud y conseguir la inmortalidad. Y por fin, Alejandro Magno, el modelo imaginario en que se basaron los narradores indios y persas para concebir la historia central de *Las mil y una noches*, el libro eterno del que dos milenios más tarde se enamorará Napoleón.

En *Los padres de Sherezade*, Daniel Guebel ha creado su propio libro de ejercicios espirituales bajo la forma de un juego de cajas chinas. De la mística a la política, el resultado es una máquina de contar historias excepcionales sobre el poder, las pasiones y las decepciones, cuentos vibrantes de humor, amor y sexo.

A mi madre y mi hermana, contadoras de historias.

En El Bahir, el concepto de la totalidad del proceso histórico se transforma en una interconexión teosófica del cosmos.

GERSHOM SCHOLEM

Los orígenes de la Cábala, tomo I

LA FÓRMULA DE LOS JESUITAS

Stuttgart, marzo de 1902. Vladimir Ilich Ulianov imprime *¿Qué hacer?* En su escrito, Lenin propone crear un partido de revolucionarios profesionales. Sus formulaciones son deliberadamente simplificadoras. De hecho, ha leído a San Agustín y recuerda su frase: “A la pregunta ‘¿Qué hacer?’, el mundo antiguo aportó 288 respuestas”. En septiembre del mismo año, escribe *Carta a un camarada sobre nuestros trabajos de organización*, lo que da un nuevo indicio acerca del rumbo de sus preocupaciones. Desde hace años ha venido enfrentándose en una sorda disputa con Plejanov, quien lo considera excesivamente “centralista”. Él, a su vez, acusa a sus camaradas del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR) de alimentar los debates interminables, el “verbalismo”. Está seguro de que hay que imponer una disciplina a los militantes, hacerlos conscientes de que forman parte de un proyecto colectivo; se trata, en realidad, de construir un organismo de estructuras rígidas y dispuesto al combate por el poder. En ese sentido, el primer impulso de Lenin es el de imitar el funcionamiento del ejército tradicional (ya sea prusiano, ruso o francés). Pero pronto advierte que este modelo, aunque eficiente en muchos aspectos, sobre todo en el entrenamiento, la disciplina y la subordinación jerárquica, carece de un *ethos* finalista, tiene por causa única su propia preservación como forma. El ejército tradicional —entiende— es la cristalización de una idea, una máquina consumada e intelectualmente muerta, no un instrumento de uso posible. *Ningún ejército transformará el mundo*. Por lo tanto hay que mirar para otra parte.

¿Hay un nuevo orden de ejército? ¿Hay un modelo utilizable?

Sí. Sin duda. Y ya tiene varios siglos sobre la tierra.

Despuntando el vicio por los disfraces y las caracterizaciones que lo distinguiría de otros líderes políticos, Lenin abandona su domicilio en Berna y se presenta a las puertas del monasterio jesuítico de Lovaina vistiendo los hábitos de un benedictino. Alega estar perdido y pide permiso para pasar la noche.

—Me arreglo con el duro banco del refectorio —dice.

A cambio de su solicitud, lo conducen a un ámbito oscuro y silencioso. Obediente como un cadáver, se acuesta donde le indican. El viaje ha sido agotador y se duerme al instante. Despierta con el sol. Lo primero que ve, con el esplendor de una imantación, es una esfera de cuero pintado que acaba de detenerse luego de su último giro: un globo terráqueo. Luego, ve un dedo largo, de uña esculpida; el dedo que lo movió sobre su eje. Lenin se endereza.

—¿Estoy detenido?

Quien responde es el dueño del dedo, Philippe de Groiselliere, el nuevo principal de Lovaina:

—Dificultar la libertad de movimientos no es algo que forme parte del entrenamiento que aquí proporcionamos... camarada.

—Veo que no tiene sentido que intente ocultar mi identidad —sonríe Lenin.

—Tampoco apostamos a la identidad de nadie —dice Groiselliere—. Pero siempre nos gusta recibir visitas del mundo exterior. Sobre todo si se trata de alguien que no pertenece a nuestro círculo de relaciones e influencias. ¿Puedo preguntarle a qué debemos el honor...? ¿O permite que me adelante a imaginar los motivos?

—Es lo menos que puedo conceder, ya que de hecho lo obligo a desempeñarse como mi anfitrión.

—Bien. Descuento que el motivo de su arribo a este centro de operaciones de la Compañía de Jesús es ajeno a

la voluntad de mantener algún diálogo escatológico. No es la teoría lo que te trae, sino la dura práctica.

—¿Es necesario escindir tan brutalmente ambos aspectos? —protesta Lenin—. Los grandes fracasos históricos se deben en su origen a desviaciones teóricas que son, en definitiva, desviaciones filosóficas...

Groiselliere lo interrumpe:

—Lejos de ser la filosofía, es la religión la que constituye el ámbito de pensamiento donde se deciden, si no los éxitos y fracasos de la política revolucionaria, por lo menos la capacidad para nombrarlos y explicarlos. Por cierto, la religión construye su dominio universal a partir de un criterio administrativo: la interpretación de los hechos en base a su adecuación o desvío respecto del plan de la economía divina.

—O sea que la religión sería la instancia de nominación trascendente de los avatares de la política...

—Al menos así la entendemos nosotros. Y no te hagas el idiota, porque es precisamente a partir de la comprensión de los resultados de ese entendimiento que te has tomado la molestia de abandonar momentáneamente a tus amiguitos del Partido... Martov, Kamenev, Zinoviev y toda esa runfla. Así que... bienvenido al juego de la gran política... ¿Un café? ¿Un vaso de agua?

—¿Vodka no hay? En toda Suiza no se consigue una sola botella.

—No.

—Agua, entonces. Una curiosidad. ¿Cómo se las arreglan sin mujeres? No es que yo...

—Perfectamente bien, gracias. ¿Cuál es, con exactitud, el punto que te trae por aquí?

—No sé si debo...

—Puedes llamarme Philippe. Estás entre personas de confianza: hasta aquí no alcanza el brazo del servicio secreto de Nicolás II. Y desde luego tomaré todo lo que me digas como un secreto de confesión.

—En ese caso... ¡Hay algo que quiero saber!

—Te escucho...

—Si una religión es un Estado, o al menos un Estado de Cosas de la Fe, lo que me interesaría discernir es cómo pudo Pablo de Tarso inventar el catolicismo a partir de Jesús, un sujeto que carecía de toda entidad en el momento de anunciación de la verdad paulina. Porque no nos olvidemos de que en ese momento Él estaba muerto, y que Pablo...

—San, por favor...

—... Y que San Pablo anunciaba el único acontecimiento imposible de su existencia: la resurrección. Quiero saber, en resumen, cómo organiza San Pablo su partido religioso en el cruce entre un sujeto ya inexistente y su acontecimiento improbable. Quiero saber cómo, a partir de esa confluencia de absurdos, funda en la historia la posibilidad de una predicación que abarca toda la especie humana.

—¿Un marxista quiere fabricar su Jesús propio bajo la forma de una ley política de funcionamiento planetario?

—Sí. Salvo que no se trata del Hijo, sino del Partido.

—Ah, pero qué interesante... ¿Y cuál es tu idea del lugar de Dios Padre dentro de este sistema?

—Respetuosamente...

—Respetuosamente quieres decirme que a tu criterio Dios es innecesario, que la teología es una materia sin objeto, y que no existe en el Universo nada mejor, nada más grande, nada más verdadero que aquello de lo que somos capaces. Significa que para ti hay evidencias, pero nada es sagrado. Y que por lo tanto puedes desligarte de toda verdad con mayúsculas, o de toda ilusión de verdad, y a cambio estás dispuesto a construir un artefacto conceptual fundado en la eficacia.

—Podría decirse que quiero imponer un ideal, o al menos la consideración de la posibilidad de una creencia colectiva...

—Si es eso lo que quieres, así se hará. ¿Conocías la famosa frase: "Las catedrales se hacen con barro y bosta, pero no son barro y bosta"?

—No.

—Te la cedo a beneficio de inventario. Ya la usarás desde balcones, púlpitos y tribunas, cuando quieras inflamar al proletariado con tus discursos. Lo que por ahora puedo decirte es que la apuesta de San Pablo por la resurrección no requiere de una vida anterior de Cristo; incluso, en su opinión, el cuento “realista”, biográfico (del que se ocupan en detalle el resto de los Apóstoles), afea la perfección de su fábula.

—La resurrección de un ser sin vida anterior que la justifique... ¡Es una idea espléndida!

—Así es... La causa incausada. Eso es Dios, o su invento más soberbio, la religión.

—Entonces...

—Entonces, hermano Vladimir Ilich Ulianov, bienvenido. El hermano Francisco te mostrará tu celda...

—Una última pregunta.

—¿Sí...?

—Hay cuestiones ligadas a la construcción del Partido, la dirección de las masas, la lucha contra el espontaneísmo y el economicismo que son previas a la toma del Gobierno. Y luego, cumplido el paso de la insurrección triunfante, está la cuestión del manejo del Estado y la construcción del socialismo que...

—¿Sí...?

—En definitiva, ¿cómo recibió San Pablo...?

—¿La gracia?

—La gracia, sí. O, digamos, el milagro de su maravillosa invención.

—En su condición de último cristiano primitivo y de fundador del catolicismo —dijo Groiselliere—, él no fue condicionado ni convertido por nadie, por lo que en su caso podemos descartar todas esas monsergas moralistas sobre la “iluminación mística” como premio al esfuerzo y el sufrimiento. San Pablo fue todo mal aliento, ferocidad, cálculo y voluntad de poder. Como San Ignacio de Loyola, por otra

parte. Bien. ¿En qué estábamos? Ah. En relación con tu estadía en este monasterio... puedes dejar la puerta de tu celda sin llave.

—Pero ¿y mis pertenencias...?

—Por eso no te preocupes; aquí todo es de todos. Los jesuitas consideramos que la propiedad es un robo.

UN SUEÑO DE AMOR

Esta es la historia de una crisis espiritual y sus consecuencias.

El episodio ocurrió hace décadas, centurias, en la lejana Rusia de los Zares.

No importan las señales previas. En algún momento de su vida, el joven Nikita Volkoff, que había dedicado algunos años a convertirse en compositor de música culta, comprendió que no tenía talento para tal actividad. Arrasado por ese descubrimiento, vivió unos meses frenéticos, buscando consuelo en los amigos, las mujeres y el alcohol. Luego, harto de pretender lo que no hallaba, se dejó estar. Pasaba las horas contemplando con mirada ausente los túmulos de ceniza fría en la chimenea, los progresos de la humedad en las paredes de su cuarto. En ocasiones un comentario o un gesto cualquiera le arrancaban el llanto y terminaba abrazado a la cocinera. Parecía sufrir accesos de misticismo, aunque no dejaba ver cuál era su objeto de devoción; se entregaba a un confuso panteísmo que tornaba divino un jarrón, un vaso de agua, la rama rota de un alerce, un par de medias sucias, un fuego encendido, una Biblia, una pinza de depilar.

De aquel período son las anotaciones más emotivas de su *Diario*, aquellas donde, perdida ya toda cautela, dejaba traslucir su perturbación. Escribía: "No se me escapan las miradas de mi prójimo, que por reflejo vuelven aterradora la idea acerca de mi propio estado mental. Soy un genio que da lástima. Por las mañanas despierto y escucho 'ti-tú, ti-tú' (agudo, grave, agudo, grave), el canto irreal de un pájaro imaginario".

Frívolo, serio, frívolo, serio, Nikita especuló durante un tiempo con poner fin a su vida. Estaba convencido de la necesidad de hacerlo, pero lo demoraba el horror a la mutilación. Para disimular esa muestra de íntima cobardía de rango estético, y sin nada en particular que hacer, abrazó la causa del despojamiento. Subsistía penosamente; dormía abrazado a un perro sarnoso, repartía su comida entre los pobres, se volvió un San Francisco obsesional. Sin embargo, había en su actitud un resto de soberbia esperanza, la lujuria de la contrición. Se decía: "Quiero que me olviden", como si hubiera hecho algo que lo volvía digno de ser recordado. Por fin, debió reconocer que su aparatosa tournée por los territorios de la humildad de espíritu no lo había protegido del resentimiento y el fracaso.

Un día, se enteró de la existencia de Afasia Atanasief, un sanador que hacía milagros en Múrmansk, una pequeña localidad costera del mar de Barents. Con la certeza inmediata que ilumina a los desesperados, creyó que Atanasief tenía la solución a sus problemas. Para llegar a Múrmansk había que cruzar toda Rusia, una tarea propia de peregrinos; por lo tanto, ideal para él. Decidió hacer en tren el primer tramo del viaje. Desde la ventanilla de su compartimento de primera clase vio pasar Batum, Poti, Ordzomikidze, Grozni, Georgievsk, Sochi, Tuapse, Novorosiisk, Karen, Simferopol y Eupatoria, ciudades perdidas a la vera de la trocha angosta. Cada tanto, para estirar las piernas, iba hasta el salón de fumar. De noche vestía sus mejores ropas y se presentaba en el vagón comedor, donde se negaba a la vulgaridad del champagne y el caviar de Beluga, consumiendo en cambio gruesas porciones de carne de venado sangrante y dos o tres botellas de vino tinto. A su alrededor, forzados por el encierro y el aburrimiento, el resto de los pasajeros se empeñaba en construir un irritante simulacro de vida social: practicaban juegos de cartas, se contaban cuentos folklóricos de misterio (aparecidos, fantasmas, animales parlantes), intercambiaban novelas en tres tomos (desarrollo, nudo y desenlace) y periódicos con noticias vie-

jas (“El arzobispo de Manchuria bendijo...”); pero sobre todo se volvían figuras permutables en el relato de los relatos que los incluía a todos: el chisme. Nikita era su objeto principal: al comer solo y abstenerse de la conversación, abría hasta el infinito las posibilidades de catálogo. En boca de los otros era un noble rechazado por una princesa, un vampiro, un comerciante de artículos suntuarios, un agente zarista y un espía alemán, un proxeneta de alta categoría, un caníbal francés (su predilección por el *steak tartare*)...

Exasperada, inquieta, excitada por ese velo enigmático que Nikita proyectaba sin percibirlo ni aprovecharlo, una de las pasajeras, Natasha Semenova-Praskovia, decidió que el asunto merecía un examen a fondo. En un plenario del sector femenino, aseguró:

—Voy a averiguar qué escena hay detrás de los cortinados.

Las declaraciones de Natasha merecen un examen, es decir, una explicación. En apariencia, nadie mejor que ella para intentar esas investigaciones. Viuda del reputado actor de carácter Belbl Wigotoff (*¡Qué triste es nuestra Rusia!*; *Nievodia Postroff*; *Malkele*; *Pogrom y después*; *El pope enamorado*; *Aguas del Ladoga*; *La picardía del zarevich* y otros grandes sucesos de la dramaturgia rusa), durante sus años de matrimonio, e incluso antes, Natasha había aprendido a tomar los hechos de la vida como una representación. Cómo y dónde se conocieron ella y su difunto marido carece de importancia. Lo destacable es el efecto —el desasosiego, el apetito voraz— que en su momento produjo la muchacha en el actor... En todo sueño de corrupción se oculta el anhelo imposible de un retorno al período de la inocencia. Belbl no era inmoral por perverso, sino por sapiente. Herido por la conciencia de su finitud, adivinó enseguida las promesas de abandono y lujuria que se escondían bajo el exterior ingenuo de Natasha y se determinó a entrenarla para su disfrute exclusivo en un prolongado presente, para consuelo de su cercana ancianidad. De inmediato trazó un plan de conquista, de inmediato lo puso en

práctica. La vistió con prendas caras, la acostumbró a visitar museos, salas de concierto, mansiones de duquesas, restaurantes sofisticados. En ocasión de sus estrenos la favorecía con la mejor butaca y al fin de la función la distinguía apuntando en su dirección con el dedo índice y apoyando luego, delicado, ese dedo sobre la carne grumosa que envolvía su corazón grasiento. Se comportaba como un perfecto caballero, sin imponerse; alguien que lo daba todo y no pedía nada a cambio. Quería acostumbrarla a una existencia suntuosa, de modo que ella pudiera apreciar las ventajas de su presencia y evaluar los perjuicios que se derivarían de su falta. Obviamente, todo ese despliegue implicaba una justa estimación de los propios menguados atractivos, basada en la quemante certeza de que, aunque siguiera ambicionando sin esperanzas el papel del príncipe Hamlet, ya estaba en edad de postularse para el de Rey Lear.

En relación con sus fines, la de Wigotoff fue una elección acertada. Ya durante la fase inicial de su plan había logrado que Natasha se embelesara con los fastos del cortejo. Para ella todo resultaba fresco y novedoso... La promesa de variedad del mundo, que Belbl arrastraba tras de sí como una larga capa (con remiendos hábilmente ocultos a la vista), era más de lo que había podido desear para sí una muchacha de clase baja que confundía a un hombre con sus atributos. Por cierto, Belbl sabía que debía emplear todas sus armas mientras esta confusión de perspectiva se lo permitiera, y además, tenía que obrar rápido porque, aun habiendo firmado un buen contrato para la próxima temporada veraniega (*Las plumas de la Ostropova*), sus posibilidades de derroche pecuniario tenían límites muy marcados.

Así fue que, al cabo de poco tiempo, y tras tomarlos como la forma social de su pan de cada día, Natasha padeció la súbita restricción de regalos, homenajes y salidas, gesto que se combinó con una aparente abulia o desinterés que empezó a mostrar el farsante de su festejante.

En su conmovedora ingenuidad, Natasha imaginó que ese cambio de actitud se debía a algo que ella había hecho